

Epílogo

No vale la pena

Creo ver de otra forma a las soleadas o grises tardes de Miraflores, el mar del Regatas y las caminatas por su malecón, en efecto, mi espiritualidad y hasta la interpretación interna de lo que sucede en mi entorno lo percibo distinto, más hermoso, mas humano, veo la mano de Dios.

Llevo ya nueve meses desde que recibí la última quimioterapia, gracias a Dios, hasta ahora, sigo “limpio”. Dicen los especialistas que los primeros seis meses son los más críticos y en donde la recurrencia es mas frecuente, pero soy consciente de que aún me falta bastante tiempo para que me declaren sano, curado, libre de este *cáncer*. Para ello deberé esperar quizás un par de angustiosos años más, por lo menos.

Yo pensaba que terminada esta etapa, la vida regresaba a la normalidad, nada mas falso, los problemas físicos aún siguen limitando tu diario accionar, de los problemas económicos y de trabajo, ni qué hablar, las angustias y temores aparecen a cada momento, las expectativas del *CEA*, aún te mantienen en el filo de la navaja.

La tranquilidad esperada, el reencuentro con la familia se ve muchas veces truncada por el afloramiento de los problemas de haber soportado tanta represión, angustia y estrés, pues eso causó profundas heridas interiores. Eres consciente que tienes que producir para seguir viviendo y el cuerpo no camina al ritmo de tus deseos y necesidades, buscas ayu-

da en tus amigos y algunas veces te desilusionas, otras te emocionan, lees los diarios y encuentras casi siempre noticias malas, las buenas no venden, empiezas a sentir desilusión por la vida, empiezas a culpar al *cáncer* de tus fracasos, tienes que esforzarte para superar esta etapa, entras en conflicto, te desesperas, empiezas a convivir con la soledad pero no aceptas esa posición, luchas diariamente tratando de evitar hundirte, sabes que no puedes ni debes caer en depresión pues darás ventaja al “enemigo”, pero sigues luchando y luchando con la esperanza de salir airoso de la contienda, tratando de consolidar cada día tu insegura victoria.

¿Vale la pena tener que pasar por todo esto si verdaderamente lo puedes evitar...?

Eso solamente lo puedes responder tú y tu conciencia, si me lo preguntas, espero que sepas mi respuesta, pero si por alguna casualidad dudas de cuál sería, la volveré a repetir: *NO POR DIOS, NO VALE LA PENA!!!!*.

Pero ahora, las angustias y miedos se disipan muy lentamente, poco a poco. Muchas cosas parecen quedar atrás aunque otras veces, como por arte de magia, aparecen delante de ti haciéndote revivir lo pasado, lo sufrido, lo que nunca hubieras querido vivir.

Agradezco la paciencia que han tenido en leer esta pequeña parte de mi vida y espero que el esfuerzo que me ha tomado escribirla sea de beneficio para muchos y si solamente fuera para uno, para ti, me sentiría por demás satisfecho.

Padre Ubaldo, como solía llamarte:

Me atrevería a decir que cuando nos conocimos, a lo sumo, hablamos una hora, aparentemente un tiempo muy corto pero que fue suficiente para entablar una amistad muy profunda y sincera, estoy seguro que lo mismo te sucedió a ti, nunca lo pudiste esconder, fue evidente en nuestros siguientes encuentros.

Teníamos en común un par de cosas por las que, estoy seguro, logramos una inocultable empatía, ambos queríamos a una misma madre, María Inmaculada, sobre la que charlamos largo rato..., quizás, sin darnos cuenta, buscábamos el mismo refugio; lo otro fue simplemente, que los dos sufríamos el mismo mal, Cáncer.

Te costó mucho poder escribir el prólogo de este libro, lo sé, me lo dijiste, a mi me pasó lo mismo al pedírtelo, te lo dije, recuerdo que los dos reímos; era consciente de que tú no estabas superando la enfermedad pero aún así me animé a hacerlo pues consideré que el esfuerzo que harías te sería provechoso y que tus palabras y pensamientos harían mucho bien a quienes las leyesen, gracias a Dios no me equivocué pues días después de entregármelo, confirmaste mi intuición.

Al enterarme de tu muerte, hoy, he sentido una pena muy grande, lo digo de verdad, pero a la vez me ha producido alegría el saber que los sufrimientos y dolores a los que tanto temías, se acabaron, ya diste el paso, el que todos tememos, estoy seguro que ya estarás disfrutando y compartiendo la Gloria del Señor, esa fue la razón de tu vida y me atrevo a decir, la razón de tu muerte.

Este libro empieza con unas palabras tuyas que he leído y releído una y otra vez, quiero que termine con un homenaje a ti.

Padre Ubaldo, siempre te recordaré, descansa en paz,

David